

Evolución de la desinformación y las estrategias no convencionales en los conflictos

De la guerra silenciosa a la guerra híbrida

Coronel José Luis Calvo Albero

Director de la División de Coordinación y Estudios de la SEGENPOL

EL uso de la información y la desinformación como instrumentos en un conflicto armado es tan antiguo como la propia guerra. Para comprender este fenómeno, debemos considerar las guerras como instrumentos extremos de influencia. Los seres humanos intentamos influir en la conducta de nuestros semejantes y, aunque generalmente lo hacemos de manera pacífica y bienintencionada, a veces podemos recurrir a la manipulación, e incluso a la violencia, para lograr que otros hagan lo que inicialmente se oponen a hacer. Cuando esa dinámica de influencia violenta y perversa se desarrolla entre sociedades, llegamos a la guerra.

En un conflicto armado, la influencia se ejerce mediante efectos físicos y psicológicos aunque unos y otros están encaminados al mismo objetivo, que consiste en lograr el colapso psicológico del adversario, hundiendo su moral y anulando cualquier esperanza en que la victoria pueda lograrse. La devastación física que causan las guerras puede lograr por sí sola ese objetivo, pero siempre se han utilizado instrumentos virtuales que, con menor coste y daño, pueden conseguir efectos similares.

La novedad en nuestros días es que esos instrumentos virtuales, que tradicionalmente se consideraban complementarios a los físicos, pueden convertirse ahora en protagonistas principales de una estrategia bélica. La manipulación de la información y la acción psicológica son ahora más fáciles de utilizar que hace siglos gracias a la evolución de la tecnología y los modelos sociales. Con una población hiperconectada y sometida a un bombardeo constante de información, las oportunidades para lanzar mensajes y manipular informaciones se disparan. Esto ha hecho que aparezcan nuevos modelos estratégicos, algunos de los cuales se reúnen bajo la denominación de guerra o conflicto híbrido.

UNA CONSTANTE HISTÓRICA

Hace 2.300 años, un consejero del rey indio Chandragupta, conocido como Kautilya, decidió escribir un libro para que los herederos de la corona conociesen los rudimentos del arte de gobernar. En ese libro, el *Arthashastra*, Kautilya reflexionaba sobre lo costosa que resulta la guerra convencional en términos de vidas y dinero, especialmente si se combatía contra un ejército cohesionado y bien apoyado por su nación. Por eso aconsejaba que, antes de emprender las operaciones militares, había que realizar una campaña clandestina orientada a romper la cohesión de la sociedad enemiga, desacreditar a sus gobernantes y esparcir la semilla de la inquietud, la discordia y el temor. Para ello proponía el uso de un ejército de espías, saboteadores, terroristas y propagadores de rumores.

El modelo de Kautilya, la «guerra silenciosa» como él la denominaba, ha sido un clásico a lo largo de la historia, pero su carácter era normalmente complementario respecto a las operaciones militares convencionales. Las acciones insidiosas, orientadas a romper la cohesión enemiga, eran una preparación para facilitar la acción de los ejércitos, que constituían el elemento decisivo en el conflicto.

Esto comenzó a cambiar a principios del siglo XX, especialmente en Europa y Estados Unidos. Para esas fechas, gran parte de la población era ya capaz de leer, el cine había hecho su aparición, comenzaba a utilizarse la radio como medio de comunicación y estaba

La manipulación informativa y la acción psicológica son ahora más fáciles de usar



Rafa Navarro/Foto: Hélène Gicquel

desarrollándose, además, la megafonía, que permitía a un orador dirigirse a grandes multitudes. Las posibilidades de comunicación, en todos sus aspectos, se dispararon y con ellas se dispararon también las posibilidades de manipulación.

Serían los líderes revolucionarios clásicos, como Lenin y, más adelante, Mao, quienes sentarían las bases de los modelos de acción psicológicos que se desarrollarían a lo largo del siglo XX. Sus objetivos revolucionarios convertirían en esencial el apoyo y el control de la población, y eso requería de eficaces instrumentos de comunicación, propaganda y adoctrinamiento.

El régimen nacionalsocialista que llegó al poder en Alemania en 1933 recogió parte de ese legado, dando una extraordinaria importancia a la propaganda, hasta el punto de crear un ministerio a cargo de ella y complementándola de manera perversa mediante el uso del terror. El modelo de guerra relámpago que utilizaron en la Segunda Guerra Mundial se basaba en romper la moral y el espíritu de resistencia enemigo mediante una abrumadora concentración de efectos materiales y psicológicos, logrados de manera fulgurante y con ninguna consideración a la hora de respetar a la población civil.

La Guerra Fría presenció una reorientación de la propaganda a la batalla ideológica entre Estados Unidos y la Unión Soviética. En esa pugna surgirán dos modelos distintos: el soviético, dirigido desde el Estado y el norteamericano, en el que la sociedad civil (Hollywood, la prensa, la televisión) tendrá un papel más destacado. En ese enfrentamiento, la URSS se ve pronto superada por la potencia del modelo político, social y económico norteamericano, renunciando progresivamente a ilustrar las bondades del sistema soviético y orientándose hacia una línea más agresiva, que buscaba poner de manifiesto las contradicciones del sistema occidental.

Durante la Guerra Fría se desarrollan también en ambos bandos las acciones clandestinas que buscaban socavar la cohesión de la sociedad adversaria. Los soviéticos denominarán a este tipo de acciones «medias activas» e incluirán en ellas el espionaje, el sabotaje y la subversión. Estados Unidos utilizará también un modelo parecido, orientado sobre todo a la represión de movimientos comunistas en determinados países.

El fin de la Guerra Fría coincide con el inicio de la revolución digital y las posibilidades de la información y desinformación como instrumentos estratégicos se disparan de nuevo. Poco después comienza a hablarse de un nuevo concepto: la guerra híbrida. Inicialmente, se trataba de un modelo de actuación militar, que combinaba procedimientos de guerra convencional y guerra irregular (guerrillas, insurgencias, terrorismo). La guerra híbrida tenía además una característica muy definida: la enorme importancia que se concedía al dominio informativo, utilizando no solo los medios de comunicación tradicionales, sino las posibilidades del por entonces naciente internet.

La guerra híbrida se convirtió en un término popular tras la guerra entre Israel y Hezbolá en 2006, pero pronto se asoció a un modelo estratégico utilizado preferentemente por la Federación Rusa. Tras la llegada de Vladimir Putin al poder en 1999, los servicios rusos de inteligencia retomaron el concepto de «medidas activas» de la Guerra Fría, pero aplicadas ahora a la actuación en el ciberespacio. Efectivamente, en el siglo XXI, el espionaje, el sabotaje y la subversión se podían realizar con mayor facilidad mediante herramientas cibernéticas. Esto llevó a un perfeccionamiento de las capacidades de ciberataque rusas, que se manifestaron en 2007, en un ataque masivo contra la administración digital de gobierno estonio, y en 2008 en la guerra contra Georgia, donde por primera vez se combinaron ciberataques con operaciones convencionales.

ANÁLISIS

Por esas mismas fechas se estaban produciendo tres acontecimientos que darían forma a las estrategias híbridas actuales y provocarían, a la vez, lo que puede llamarse «la era dorada de la desinformación». El primero fue la generalización de los *smartphones*, que convirtió el hasta entonces esporádico acceso a internet en una conexión permanente. El segundo fue la generalización del uso de las redes sociales, donde el ciudadano era, a la vez, receptor y emisor de información, encajonándose en grupos cada vez más homogéneos y cerrados. Por último, la crisis económica de 2008 produjo desilusión, inquietud y una sensación generalizada de fallo del sistema.

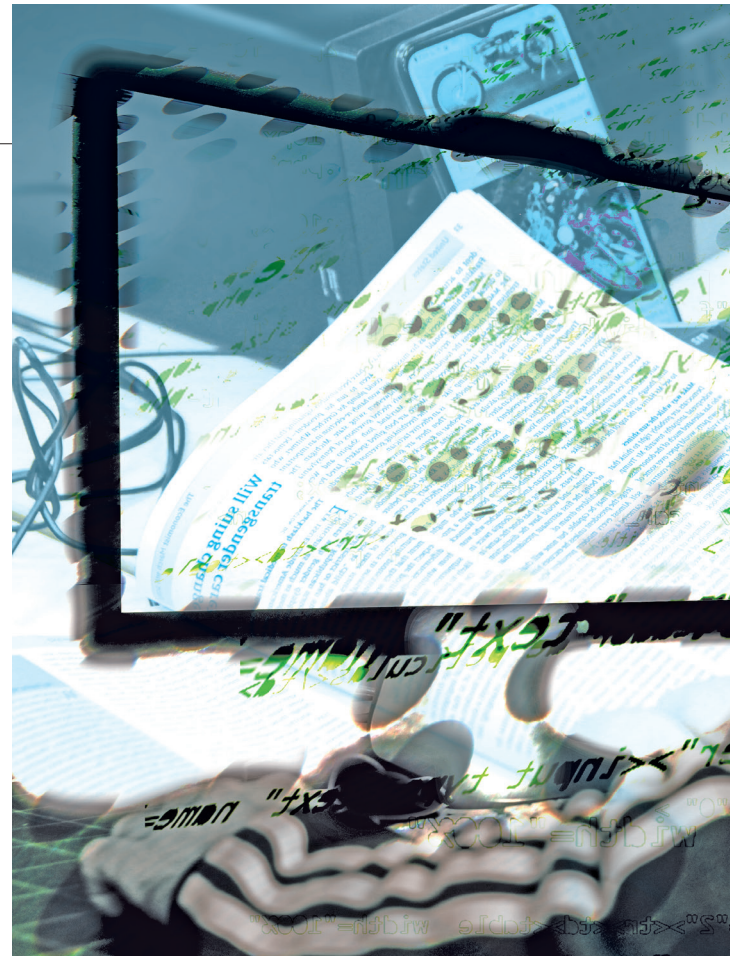
El mismo escenario de incertidumbre, desengaño y descrédito de las instituciones que Kautilya pretendía conseguir en la India del siglo III a.d.C., se producía ahora de manera natural y afectaba a audiencias hiperconectadas. La oportunidad para obtener el máximo rendimiento de los procedimientos híbridos, y de la desinformación en particular, era mayor que nunca y esto no pasó desapercibido. En 2013, el jefe del Estado Mayor General de la Federación Rusa, General Valeri Gerasimov, afirmó en una conferencia ante la Academia de las Ciencias Militares en Moscú, que en el mundo actual podían conseguirse determinados objetivos estratégicos con mayor facilidad utilizando medios no militares. Fue el inicio de la denominada *doctrina Gerasimov*, cuyo grado de formulación real es muy discutido, pero que señaló el rumbo que Rusia pretendía marcar a sus operaciones en el exterior.

Ese enfoque pudo ponerse en práctica en Ucrania en 2014, donde el Kremlin puso en marcha una gran operación de decepción para ocupar la Península de Crimea, seguida de una combinación de subversión, ciberataques y operaciones convencionales para iniciar una insurgencia separatista en la región ucraniana del Donbás. Las sospechas posteriores de interferencia rusa en el referéndum del *Brexit* en Reino Unido (2016) y las elecciones presidenciales norteamericanas en el mismo año, hicieron saltar todas las alarmas ante una combinación de operaciones que tenían como escenario principal el ciberespacio y las redes sociales.

El modelo híbrido ruso, que se definía como una situación de conflicto en la que todas las operaciones giraban en torno a una operación de información, encontró finalmente la horma de su zapato en Ucrania, en 2022, cuando una combinación de operaciones de desinformación, ciberataques, sabotajes y una masiva operación convencional no fueron capaces de conseguir el efecto perseguido de provocar el derrumbamiento del gobierno ucraniano. Una vez que las acciones de sabotaje, subversión y desinformación fallaron, las operaciones convencionales se atascaron, con unidades mal preparadas que habían penetrado demasiado en territorio ucraniano en demasiadas direcciones. Ante el inminente colapso, el mando ruso tuvo que recurrir a una retirada parcial, una redefinición de objetivos y a un modelo de conflicto más convencional que continúa hoy en día.

LA REACCIÓN FRENTE A LA AMENAZA

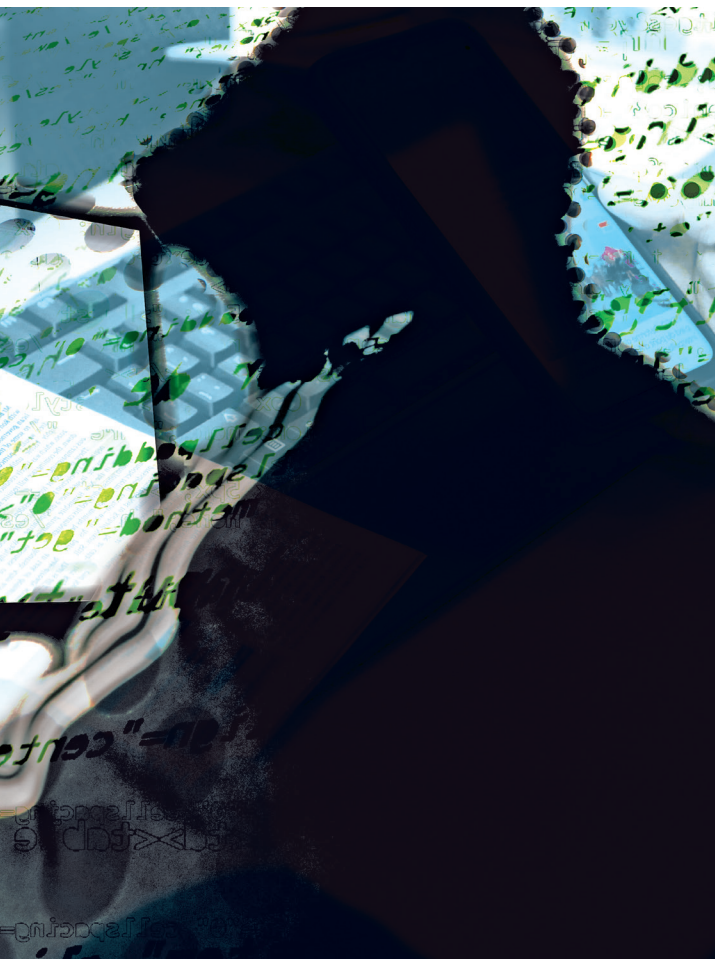
La importancia creciente de los efectos psicológicos en las operaciones militares, tanto sobre las fuerzas adversarias como sobre su población, llevaron a desarrollar instrumentos específicos, bien para materializar esos efectos, bien para defenderse de ellos, ya en la Se-



gunda Guerra Mundial. Esos instrumentos se separaron inicialmente en dos grandes grupos: por un lado las operaciones psicológicas, orientadas al enemigo, por otro la información pública, orientada a la población propia o neutral. En las primeras, se consideraba aceptable utilizar la manipulación informativa, pero no era así en las segundas. La información proporcionada a la población propia debía ser esencialmente honesta, aunque adaptada a la necesidad de mantener determinadas decisiones y operaciones en secreto.

En los años 90, con la influencia creciente de los medios audiovisuales y la revolución digital ya en progreso, se articularon otros instrumentos de acción psicológica e influencia. Las operaciones de información, originalmente pensadas para romper la cadena enemiga de decisiones militares, se expandieron hacia operaciones de influencia, dirigidas también a la población adversaria o a la población local en escenarios de estabilización o insurgencia. La Cooperación Cívico Militar (CIMIC) también inicialmente diseñada como un instrumento para facilitar al comandante de una fuerza militar la comunicación con las autoridades civiles en el teatro de operaciones, fue asimismo convirtiéndose progresivamente en un mecanismo válido de influencia.

Fue ya en la primera década del siglo XXI cuando se produjo la explosión de los instrumentos militares de influencia y acción psicológica. Aparecieron conceptos como las «operaciones basadas en efectos» y se crearon células de influencia, acciones no cinéticas o *targeting sensitivo* en muchos cuarteles generales. También se atendió a la creación de instrumentos específicos para actuar



Rafa Navarro/Fotus; Hélène Gicquel y Pepe Díaz

en el ciberespacio. Durante la segunda década del siglo XXI, cuando el concepto de guerra híbrida alcanzó su auge, el dominio de la información pasó a considerarse una de las dimensiones en las que se desarrollan las operaciones militares. En España, ese dominio o dimensión recibió el nombre de «ámbito cognitivo». La aparición de ese concepto convirtió la gestión de la información pública y la lucha contra la desinformación en una parte integral del planeamiento de cualquier operación militar.

Sin embargo, los ejércitos siempre se encontraron con dos problemas a la hora de gestionar los aspectos informativos: el primero, que resulta muy difícil integrar la acción en dimensiones virtuales dentro de las operaciones militares; el segundo, más serio, que gran parte de la guerra de la información se desarrolla en el nivel político. La intervención de las fuerzas armadas en ese nivel resulta siempre extremadamente sensible y hay que valorar con mucho cuidado si realmente vale la pena.

Coincidiendo con el desarrollo de la guerra híbrida se desarrolló un instrumento específico para combatir contra la desinformación: las Comunicaciones Estratégicas (STRATCOM). El nuevo concepto, de naturaleza política, situaba la guerra de la información en el nivel adecuado (el político) y preveía un órgano encargado de dirigir la gestión centralizada de la información en todas las instituciones del Estado, con ca-

pacidad de planeamiento y de reacción eficaz en el ámbito informativo contra campañas organizadas de desinformación. STRATCOM se ramifica en las diferentes instituciones estatales y áreas de actividad de un gobierno, y una parte de su gestión corresponde a los ministerios de defensa y fuerzas armadas, aunque siempre siguiendo las directrices y líneas de actuación que llegan del nivel político superior.

STRATCOM sitúa la información pública como el instrumento principal para combatir la desinformación, aunque las modalidades a la hora de utilizarlo son variadas, y están todavía sujetas a debate. En general, se rechaza una actitud esencialmente reactiva y se busca más bien adelantarse a bulos y campañas de desinformación mediante una información pública honesta, exhaustiva, atractiva y comprensible. Las noticias falsas suelen surgir en los resquicios que deja una información pública incompleta o poco creíble. La ventaja en esa pugna se inclinará siempre del lado de quién merezca más confianza por parte de las audiencias y eso exige un ejercicio de honestidad y transparencia, que es, además, lo que toda institución le debe a los ciudadanos.

MECANISMO DE DEFENSA

La utilización de la desinformación como un instrumento de influencia en los conflictos, buscando esencialmente la desmoralización del adversario y la ruptura de la confianza entre los ciudadanos y sus líderes e instituciones, ha sido una constante a lo largo de la historia. Sin embargo, hoy en día se dan las condiciones para que su uso obtenga resultados especialmente importantes. En el contexto de lo que hoy denominamos guerra híbrida ese tipo de acciones no convencionales han abandonado su papel complementario habitual y pueden convertirse en un aspecto muy importante, a veces central, en la gestión de un conflicto armado.

La defensa contra este tipo de actuaciones ha llevado a la creación de diferentes conceptos y herramientas. Los instrumentos específicamente militares, como las operaciones psicológicas, las operaciones de información, la información pública o CIMIC, siguen siendo válidas, pero requieren de una actualización. En ese sentido, se ha considerado en los últimos años que el dominio de la información debe incluirse como uno más de los espacios o dimensiones en los que tienen lugar las operaciones militares.

Asimismo, se han creado instrumentos que sobrepasan el nivel militar, ya que la mayoría de los efectos de las acciones realizadas en una guerra híbrida van dirigidos a la opinión pública, para conseguir una influencia indirecta sobre el nivel político. El concepto STRATCOM busca diseñar una política informativa integrada en todas las instituciones del Estado, que ofrezca una información honesta, fiable y comprensible, ganando la decisiva batalla por la credibilidad y eliminando los resquicios informativos en los que pueden surgir los bulos. La transparencia y la calidad de la información proporcionada se han convertido en armas decisivas en los conflictos del siglo XXI.

El modelo híbrido ruso encontró en Ucrania el campo ideal de operaciones